



DORMIR

Nomenclátor: 11 Puntuación de 0 a 10 Buena relación calidad / precio Establecimiento con encanto Entorno ecológico

Una masía clásica y vanguardista

LA MALCONTENTA, en Palamós, ambientada por el interiorista Lázaro Rosa-Violán

8   Categoría oficial: 4 estrellas. Platja Castell, 12. Palamós (Girona). Teléfono 972 31 23 30. Fax 972 31 23 26. Internet: www.lamalcontentahotel.com. Instalaciones: jardín, piscina, garaje, salas de convenciones para 14 personas, salón de estar, restaurante. Habitaciones: una doble, dos junior 'suites', ocho 'suites', tres bungalós; todas con ducha-sauna, calefacción, aire acondicionado, teléfono, televisión por satélite, cadena musical, minibar, secador de pelo, albornoz. Servicios: algunas habitaciones adaptadas para discapacitados y no admite animales domésticos. Precios: temporada alta, 145 euros + 7% de IVA; temporada baja, 130 euros + 7% de IVA; desayuno incluido. Tarjetas de crédito: American Express, Diners Club, Eurocard, MasterCard, Visa, 6000.

Arquitectura	7
Decoración	9
Estado de conservación	8
Confortabilidad de habitaciones	9
Asos	9
Ambiente	9
Desayuno	3
Atención	6
Tranquilidad	9
Instalaciones	8

FERNANDO GALLARDO

La Malcontenta era la esposa de Pere el Tigre, un hombre del que se decía nació fruto del amor entre un pastor y una sirena en noche de luna llena. Tan exigente era aquella mujer que nunca hallaba nada a su gusto, y por eso todos la conocían por ese mote. Un siglo y medio después, el hotel que yace en el mismo lugar de la fábula, frente a la playa del Castell, en Palamós, evoca desde su pulcritud arquitectónica la mansión elegante y luminosa que aquella mujer habría soñado.

Tranquilidad, olor a pinos y buenas vistas. Qué mejores argumentos habría encontrado para un proyecto tan seductor el binomio que forman el empresario Lluís Camós y el interiorista Lázaro Rosa-Violán, promotores de algunos restaurantes de moda en Madrid y Barcelona —Bazaar, La Gloria de Montera, La Finca de Susana, La Polpa, La Crema Canela—, así como del hotel Banys Orientals, en Barcelona. Herencia de una vieja masía, la casa ma-



Una de las habitaciones del hotel La Malcontenta, en la playa de Castell, en Palamós.

FERNANDO GALLARDO

ALREDEDORES



EL ACCESO al hotel no es complicado, pero hay que saber bien qué dirección tomar. Desde Palamós, las comarcales C-35 y C-31

conducen a una rotonda que indica Platja Castell, y a la derecha se debe salvar un puente estrecho a 800 metros del punto de destino. A pie se llega a Cala Margarida, donde residieron La Malcontenta y su esposo, Pere el Tigre. Más al norte, en Cala S'Alguer, se observan unas antiguas cabañas de pescadores transformadas en segundas residencias. En coche, el sur de Palamós (San Antoni de Calonge, Platja d'Aro, Sant Feliu de Guixols) está más masificado que el norte. Calella de Palafrugell, Llafranc y Tamarit están unidos por un sendero acantilado sobre el mar.

dre es la demostración palpable de que el clasicismo y la vanguardia pueden ir de la mano sin producir chirridos. Antes al contrario, Rosa-Violán sugiere que las antigüedades y los muebles aristocráticos se aprecian mejor en contraste con el minimalismo geométrico siempre que existan las condiciones idóneas de limpieza, iluminación e insonorización. Aquí se multiplican de salón en

salón, de escalón a escalón, por los vericuetos románticos que abren paso a los 11 dormitorios, enormes, y a los tres bungalós del jardín. No hay pared sin la debida composición de grabados clásicos y dibujos al carboncillo. Las alfombras rusas, las lámparas orientales, las sillas, sillones, pufs y sofás de tela blanca... ¡Qué paisaje híbrido de elegancia y utilidad! Cada pieza con su chimenea

decorativa, su monitor de plasma, su propio reproductor de música. Y su terraza con vistas a los montes bajos del Empordà, detrás de los cuales se intuye el mar.

Un jardín cuidado

La planta baja alberga una sucesión de salitas estilizadas y una biblioteca panelada de madera bien surtida de libros sobre la Costa Brava. Todo fluye, sin embargo, hacia el exterior. La benignidad del clima y los cuidados extremos que recibe el jardín invitan a descubrir sus recoletos miradores o repantingarse sobre las tumbonas de rattan que pueblan sus pequeños rincones habilitados de camino hacia la piscina (hay que confesarlo: cruzada por un tendido eléctrico entre dos postes). Bajo las nubes malvas del atardecer se prenden las luces del palacete de cristal que encierra el restaurante, donde los aromas florales se funden en succulencias con el sabor de la cocina mediterránea y el sosiego de una minuta que nunca supera los 35 euros.

Lástima que el desayuno, servido en una salita interior, bajo el porche de la casa o en la terraza de la habitación, sea tan corto y se muestre tan desatendido.